

concreto de la vida psicológica personal, es decir, de su carácter práctico. En el orden de las ideas, las cosas son el centro y la medida de la inteligencia; ésta, prescindiendo de sí, irradia fuera su acción para posarse en las cosas, despersonalizándose por decirlo así, y transformándose ó haciéndose en algún modo los objetos de su pensamiento; al revés en la vida afectiva, que el yo, la persona es el centro de asimilación de la realidad presente en las ideas, personificándola é identificándola en cierto modo con el sujeto. De donde el mover más ó menos las ideas nuestras facultades afectivas y volitivas, en proporción á la proximidad y acoplamiento de los objetos contenidos en las ideas á nuestro organismo psicológico, y á su posible intervención en el curso de nuestra vida personal.

La vida práctica del sabio sigue de ordinario un curso indiferente y ajeno al curso de sus especulaciones: parece como que su inteligencia se despersonaliza para mirar solamente á la realidad y confundirse con ella, su vida científica y la personal se desenvuelven en planos independientes. De aquí la impotencia de los temperamentos especulativos para la acción intensa y constante. Pero cuando las ideas expresan valores prácticos y tocan de cerca al interés personal, y sobre todo, cuando se refieren á los fines y necesidades fundamentales de la vida, entonces constituyen centros permanentes de fuerzas, despertadoras de sentimientos y tendencias que embargan nuestro ser, enderezándolos en una común orientación marcada por la idea. Un problema ético analizado por el moralista apenas trasciende de la esfera especulativa; este mismo problema, la idea del deber aplicada ó sugerida por un caso concreto de la vida moral, desciende á las honduras del sentimiento haciendo vibrar las energías impulsoras de la acción. La idea abstracta no adquiere fuerza motriz sino á medida que se especifica y toma cuerpo en imágenes concretas; y por eso los principios y deducciones lógicas no bastan al orador que busca no sólo convencer, sino mover y persuadir, recurriendo á las

me táforas, á imágenes vivas y movimientos no sólo del pensamiento, sino de la palabra y de todo el cuerpo.

La eficacia de las ideas depende también y principalmente de su verdad, y psicológicamente de nuestra fe en ellas, es decir, de la firmeza de nuestras convicciones. Es la acción una afirmación práctica del pensamiento incorporado á la vida real, la que se desenvolverá más vigorosa y ordenada en la medida de la perfección del pensamiento que la informa, que consiste en la supresión de la duda y en la plena conciencia de su verdad. Tiende naturalmente la inteligencia á establecer la coherencia de sus ideas entre sí y con la realidad, es decir, á formar convicciones, aquí está su término natural y también la fuerza de su eficacia; la duda, en cambio, es un estado transitorio de desarmonía é inconsistencia ideal que no ofrece punto de apoyo á la acción, traduciéndose prácticamente en irresolución de la voluntad. La acción vigorosa é intensa exige armonía y concentración de fuerzas que sólo pueden operar las convicciones firmes; y la duda, en cambio, la dispersión é incoherencia de las ideas, trae consigo el debilitamiento de la voluntad y la miseria del vivir. Los hombres de acción son siempre hombres de ideas; los ideales son los que dirigen á los pueblos y remueven sus energías dormidas; un pueblo sin ideales es un pueblo muerto. Pero entiéndase bien: la potencia motriz de las ideas no es proporcional á la abundancia de éstas, sino á su firme organización, á la fe y confianza en su verdad; y para que ésta sea fecunda es necesario sentirla, amarla, incorporarla á la vida.

¿En qué consiste la eficacia de las ideas? Su causalidad no es eficiente, propiamente hablando, sino más bien final, ejemplar é instrumental (1). Las ideas son activas en cuanto ponen á nuestro ser en presencia de objetos que pueden despertar las actividades latentes de la naturaleza, abriendo

(1) Cfr. Th. de Regnon: *La Métaphysique des causes*, pp. 283-387. Paris, 1906.



el cauce por donde éstas han de correr y dándolas una forma definida y concreta en relación con este fin. Todos los seres de la naturaleza, cada uno en su peculiar grado de perfección, poseen principios inmanentes de actividad, potencialidades ó energías latentes con que desenvuelven su vida y realizan sus fines. Estas energías latentes necesitan como condiciones de expansión, una realidad accesible á ellas que las determine y ponga en movimiento y se ofrezca como materia de su acción. La naturaleza puede así considerarse como conjunto de fuerzas represadas, amorfas, sin determinación ni orientación definida, que sólo tienen salida cuando se establecen tangencias con otras fuerzas ya en actuación. En los seres inconscientes este contacto de las actividades con la realidad es inmediato; pero no así en la vida psicológica, donde las facultades no se ponen en comunicación con los objetos si no es por medio de la representación; el conocimiento es como el dique que contiene, organiza y da salida á las demás energías psicológicas, encaminándolas en una orientación concreta. El conocimiento es así un principio de movimiento y de adaptación vitales; porque para vivir necesitamos antes conocer el plano de la realidad y las tendencias que han de actuar y moverse en este plano, envolviendo así en una síntesis común de la conciencia el interior y el exterior convenientemente acoplados, para traducirlos después en la realidad por medio de la acción. La vida, en tal sentido, es un arte, una creación ó realización del conjunto de representaciones organizadas por el espíritu.

Hay, pues, una eficiencia real del conocimiento sobre la vida; no se limita la idea á ver pasar la corriente psicológica productora de la acción como algo exterior á ella, sino que forma parte de ella, abriéndola camino, dándola forma y modelando su curso, y no dejándola hasta el fin. Sepárese el conocimiento de la acción, y ésta carecería en absoluto de finalidad, sería incoherente y desordenada como las convulsiones de un epiléptico. El conocimiento precede á la ac-

ción, la acompaña y la sigue cerrando el proceso vital; pero de distinta manera. La precede como ideal realizable, como término fijado de antemano á la acción; la acompaña ordenando las actividades y los movimientos y vaciándolos en el ideal, y, por último, la sigue con la representación del ideal concreto ya realizado.

12.—¿Y cómo las ideas, descendiendo de las alturas en donde son elaboradas por la inteligencia, toman cuerpo en la corriente concretada de la vida, y ponen en movimiento toda esta máquina complejísima de funciones psíquicas y orgánicas, reuniéndolas en un *consensus* común y enderezándolas á la realización concreta del ideal? Esto es lo que brevemente vamos á indicar, que otra cosa nos alejaría de nuestro propósito.

Distingue Aristóteles el entendimiento «especulativo» cuyo fin es conocer, y el entendimiento «práctico» enderezado á obrar, es decir, á concebir y preparar el fin, el plan y todas las condiciones de la acción; aunque no sean sino dos maneras de un solo entendimiento, puesto que la acción práctica no es sino la idea dando forma y atravesando todos los movimientos de la voluntad, ó mejor, esta misma voluntad envolviendo al conocimiento para convertirle de representación estática en principio dinámico de acción. Toda idea, por abstracta y especulativa que sea, tiene sus derivaciones ó prolongaciones hacia la práctica, pero necesita ser asimilada y fecundada por la voluntad que la convierte en fuerza motriz, y de este consorcio sale la acción como la planta de la semilla. La decisión de la voluntad, en efecto, consiste en la libertad de juicio, *liberum arbitrium*, es decir, en la aceptación de las ideas por la voluntad que las transforma de especulativas, ó ideas *lucis*, en prácticas, ó ideas *fuerzas*. Aceptada así la idea, constituye el centro organizador del sistema de movimientos, alrededor del cual se agrupan las energías productoras de la acción.

Cualquiera acción realizada bajo la dirección y el im-



pulso de esa actividad racional puede descomponerse, para su fácil análisis, en dos partes: forma y materia. La forma es la idea, el molde previamente construído en que ha de vaciarse la acción, la concepción de un fin y de los medios subordinados y ajustados al fin, que serían como los jalones marcados del rumbo que ha de tomar la acción, ó el diseño del plano en que ha de desenvolverse. La materia de la acción la constituyen la trama complicadísima de elementos psicológicos y fisiológicos de la acción, sensaciones, imágenes, ideas, tendencias, emociones, disposiciones habituales, instintos, convenientemente adaptados y acoplados á la realidad, bajo el impulso finalista de la idea. La idea es aquí el principio finalista y unificador que atraviesa toda esta corriente vital y la hace correr por su plano hasta la realización.

Veamos primero la disposición y funcionamiento de este organismo psicológico, y cómo se presta á ser instrumento dócil de la idea. El primer acto de la vida psicológica es la sensación, y en toda sensación á la impresión recibida de los objetos responde una reacción ó movimiento de adaptación del sér á los mismos. Toda sensación tiende, pues, á realizarse, es decir, á traducirse en un movimiento ordenado por la naturaleza. Los sentidos reaccionan á las impresiones con movimientos de adaptación inconsciente; y el sér todo reacciona con movimientos ordenados en presencia de los objetos con sus tendencias á la conservación y desenvolvimiento vital. La sinergia de todas las funciones, como prolongaciones que son de un fondo común, hace que el movimiento de una irradie por simpatía á todas las demás y las haga vibrar sordamente, como la vibración de la cuerda de un instrumento musical hace vibrar toda la caja reforzando el sonido. Inútil traer ejemplos que comprueben experimentalmente esta reacción de la sensación. La vida sensible en su forma la más sencilla y elemental consiste en eso, en una serie de reflejos automáticos y ordenados, de reacciones espontáneas, respondiendo á las acciones del exterior; es decir, que toda sensación se produce asociada á un movimiento.

En la vida psicológica, como en la naturaleza física, nada se pierde; los actos, una vez realizados, dejan vestigios en la memoria y se organizan quedando á modo de fuerzas latentes, con tendencia á reproducirse en la serie y orden con que fueron realizados. La imagen de los objetos vendrá seguida de la imagen de los movimientos que son su realización. Supóngase ahora que una cualquiera de estas imágenes reaparece en el campo de la conciencia, y con ella vendrán asociadas las imágenes motrices y afectivas correspondientes; y como la imagen del movimiento es ya el movimiento comenzado, éste se realizará fatalmente, necesariamente, siempre que otras imágenes asociadas á movimientos opuestos, no vengán á impedir su actuación. La sensación de la pérdida del equilibrio despierta la tendencia á la conservación, é inconscientemente, automáticamente, pone en movimiento ordenado todo el organismo para evitar la caída y el peligro consiguiente. Las sensaciones asociadas á las imágenes no sólo provocan el movimiento, sino que actúan como una fuerza constante determinando su intensidad, dirección y acoplamiento á la realidad, limitándole por todas partes y estableciendo la tangencia con los objetos.

Para ajustar los movimientos al medio que nos rodea, es necesario que la conciencia haya precedido con un trabajo de asociación y acomodación. Psicológicamente, todo el pasado de nuestra vida actúa en el presente y prolonga esta acción hacia lo porvenir; cada individuo conserva en forma latente y organizadas en la memoria, las experiencias de toda la vida, á manera de fuerzas dispuestas á entrar en acción. Al modo como los organismos físicos se desarrollan creando órganos y funciones especiales, que son á manera de instrumentos naturales con que atienden á las necesidades de la vida física, así la conciencia va creando, con los residuos de la experiencia organizados en la memoria, instrumentos artificiales de adaptación psicofisiológica á la realidad, con que utilizarla con el menor esfuerzo y el mayor resultado útil. Poseen los seres aptitudes naturales instin-



tivas, inclinaciones fundamentales dispuestas por la naturaleza en relación con los fines respectivos; pero la orientación especial y concreta de estas facultades, la determinación y coordinación de sus movimientos en relación con las circunstancias externas variables y con las necesidades internas, se deben en su mayor parte á la educación y creación de hábitos psicológicos. La vida psicológica de los primeros años es toda ella educación de la sensibilidad por el ejercicio, de adaptación á las impresiones exteriores, de adquisición y asociación de imágenes del mundo físico, y de coordinación habitual de éstas con las necesidades, las tendencias afectivas y los movimientos; y tanto más vigorosa y perfecta se desenvolverá esta vida, á medida que la organización de todos estos elementos vaya haciéndose cada vez más rica, armoniosa, segura y estable.

Con la intervención de las facultades superiores, el organismo psicológico va creciendo en complejidad y riqueza; la idea obra entonces como fuerza disolvente de las asociaciones espontáneas, y como centro selectivo y organizador de elementos psicológicos para constituir asociaciones nuevas en armonía con los fines particulares y libéres de la inteligencia. Para realizar ésta sus ideales prácticos, necesita modelar el organismo psico-orgánico por medio de mecanismos habituales previamente construidos que faciliten la acción, y tanto más segura y perfecta será esta acción, cuanto con mayor facilidad y economía de esfuerzo encarne y realice el plan ideal.

En efecto, bajo la dirección de la inteligencia y el imperio de la voluntad, podemos modificar la corriente psicológica espontánea, y darla nuevo curso en el cauce abierto por la idea; podemos formar asociaciones voluntarias en armonía con un fin determinado por medio de ejercicios repetidos, hasta llegar á constituir á modo de sistemas psicológicos permanentes. No otra es la causa de ciertas disposiciones y aptitudes habituales, la facilidad y el rutinarismo en los quehaceres ordinarios de la vida, la habilidad en las artes mecá-

nicas, y en general la adaptación de nuestra vida al medio físico y social. Y en otro orden superior, la riqueza intelectual del sabio, la grandeza moral del santo, la habilidad y delicadeza del artista en concebir y realizar la belleza, todo ello es resultado de la educación y encauzamiento de las energías del alma bajo el imperio de un ideal.